

AMOR, ESPERANZA, DECEPCION

CORRE a la sazón el año de 1844. El anuncio de una fiesta en el teatro de San Pedro Alcántara, es el señuelo que el Acaso dispone para seguir trazando la ruta incognoscible de Juana Paula. Está la joven en la plenitud de su lozanía. De estatura cumplida, de talle ceñido por la chaquetita emballenada, sin una arruga, al aire la garganta blanco mate y los brazos gordezuelos a medio velar con negros calados mitones, el busto enhiesto en el redondo marco de blanca toquilla de tul que prende ramo oloroso de violetas; la falda de copiosos pliegues, ahuecada en rígido armazón sobre la que luce la telaraña artística de dos anchos encajes hechos volantes; alta la frente; y limitado el óvalo del rostro por manojos laterales de tirabuzones castaños; fulgiendo los ojos oscuros abiertos, vivaces, flecheros bajo las gráciles combas ciliares, sobre la suave nariz y la fluyente simpatía de unos labios prestos para el sonreír, Juana Paula, acompañando a sus padres y hermana, provoca piropos cortesanos y recibe ojeadas largas de homenaje a su físico.

Epoca de sentimiento sin llave ni cerrojos, prima la melancolía sobre toda otra manifestación anímica; la palidez aconsonanta con el aire cansado del andar; el suspiro entreabre a menudo las bocas a las cuales acorre el blanquísimo pañolito para apagar la quejumbre dulce... época de romanticismo. Ninguna dureza debe resistir a una lágrima; ningún dolor ha de hallar re-

chazo en quien lo escuche relatar; ninguna clase de mendicidad sea espiritual o material se ha de perder sin compensaciones caritativas. Días románticos... el que no tiene sensibilidad exquisita natural, forcejea por vestirla siquiera.

He aquí en el escenario a un joven pálido, esbelto, de rizada melena, de talla espigada, de aire melancólico, que interpreta en el violín — el instrumento romántico por excelencia —, unas variaciones del “Carnaval de Venecia” con tal agilidad, limpieza y expresión que el público se emociona: es Francisco de Saa Noronha, (24), portugués avecindado en Río. Las límpidas pupilas de Juana se anublan, en tanto exclaman sus labios temblorosos: “¡Ay, Dios mío, que hermosura! Tata, — dice a don José María entregándole su ramo de pálidas violetas — lleve estas flores a Noronha y tráigalo, quiero conocerlo bien”.

Ya está echada el ancla y el bajel del Destino aguarda los nombres de esta pareja en su matrícula de viaje. Serenatas; amor. Tres meses nada más dura el plato-

(24) Francisco de Saa de la Noronha, tuvo su cuna en Vianna de Castello, (perteneciente a Entre-Miño-Douro), en 1823. Dotado de una vocación suprema para la música, fórmose sólo, y, con precoz originalidad aparece a la edad de 15, dando conciertos en el Brasil, que llamaron la atención de los virtuosos del violín. Más tarde viaja por diversas ciudades americanas; vuelve a Portugal, su patria; se hace director de orquesta y atraviesa el mar varias veces entre aquella y el Brasil. Compone piezas bailables de ritmos americanos y europeos, y las óperas “Beatriz de Portugal”, que le valió grandes ovaciones (1863). “Arco de Sant’Ana (1867) muy bien acogida; “Tagir” (1876). En género menos significativo, compone las operetas “A graça de Deus, Epitaphio e epithalamio, Os bohemios, A princeza dos Cojueiros, Santa Yria,” etc., etc. (Ver Enciclopedia Universal Ilustrada, europeo americana, tomo 38). Muere en Portugal en 1881, comido por la pobreza, abandonado.

nismo del idilio: al comenzar el cuarto la sanción religiosa aprieta el nudo de sus vidas.

Han llegado a nuestras manos unos fragmentos manuscritos que encierran interés para comprender el aspecto sentimental de la dama. Indúcese leyéndolos que la urdimbre de la existencia del violinista carecía de hilanderos visibles que le hubiesen dado la prestancia de un nombre, aun sin riqueza, llave de todas las puertas. Pero luce clisado un escudo que no miente, a pesar del anonimato. Lo dice la enamorada esposa en otro manuscrito inédito... (25) "aunque el velo del más profundo misterio cubre su nacimiento, basta mirarlo para reconocer "el hombre de raza" tipo que en Europa es inequívocable (sic), particularmente en Portugal donde la aristocracia aun no se ha mezclado con el pueblo, como en otros puntos de Europa". Desbordando en ternura, añade a seguidas: "Su noble corazón y su inteligencia bastarían, con todo, a hacer de él un hombre remarcable" (sic).

Está Juana en admirativa y amorosísima devoción ante su marido; en el tablero social se mueven estas piezas de ajedrez, mimadas del romanticismo: una torre y un alfil joven, hermoso, de talento, ignorante de quienes le dieron ser, rodador sobre hemisferios, pobre, sensible, adolorido, pálido y poseso del irrefrenable deseo de gloria, ¿no iba a impresionar el alma criollo-andaluza de Juana Paula? Un amor que tiene matices maternales, fraternal, de imán sexual, de católico imperativo por el prójimo fluye de su pluma candante al trazar los apuntes biográficos de nuestro comento. "Cuando este joven, con su voz triste y sonora, me contó con su manera de hablar suave y pensativa su vida de abandono, su infancia sin los besos de una madre, esa adolescencia sin ensueños de amor, esa especie de fatalidad que ha presidido su nacimiento, hizo correr mi llanto. ¡Pobr ser! Sólo, en medio de un mundo egoísta e indi-

(25) Este y el anteriormente aludido van en el apéndice.

ferente, ¡pobre huérfano! corazón de ángel, cabeza de poeta que en sus veintitrés años, no ha llegado a sus labios otro cáliz que el del infortunio y el aislamiento”.

Amor y lástima son motivos poderosos de la voluntad femenina si cierra el triángulo ético el vértice supremo de clara inteligencia. Las tres fuerzas concurren en Juana y se lanza con ellas a la vorágine del vivir, lazarillo a ratos, enceguecida a ratos, apoyada en veces, sustentadora en veces del compañero, persiguiendo el espejismo flamígero del renombre y la fortuna. ¿Qué importaban ya los presentimientos que relampaguearon en su espíritu días precedentes al de su enlace? ¿Ha de volverse atrás por temores no confirmados? Tendría fortaleza si la adversidad se le apareciese en el camino. Lo refleja en una improvisación versificada en el transcurso de la visita que el montevideano Magariños y Cervantes le hace las vísperas de la boda:

¡Yo sé que todo acaba y todo pasa!
 Y sé que la estación de los amores,
 es más fugaz que esas pintadas flores
 que deshojan los vientos sin piedad.
 Si ese duro decreto de la suerte
 Algún día disipa este delirio,
 Yo prometo sufrir de mi martirio
 en silencio la acerva intensidad!

¡Ancha es Castilla, que dijo el recio español! Obediente al acicate de la esposa cónsone con el propio anhelo el músico asume la fatiga de dar audiciones, rodando sobre el mapa de América. La mano hábil de aquélla verificó una excerpta de sueltos periodísticos que ilustran este período del matrimonio. De la página segunda de un fragmento manuscrito entresacamos estas líneas: “Sólo, excentricó y retirado algunos años en la Corte del imperio Brasileño, este joven ha trillado, a ejemplo de Paganini, su camino artístico sin guía o escuela, guiado por la fuerza de su sola inspiración y de su genio musical... Un año hace solamente que el señor Noronha se ha lanzado en la arena donde ya fue-

ron coronados los otros violinistas sus colegas y cada paso que ha dado se señala por un triunfo y por la tácita y general admiración que causan su originalidad y el atrevimiento de su ejecución y composiciones musicales". El 18 de octubre de 1845 le aplauden en Río de Janeiro; en noviembre recibe sanción del público bahiense; en febrero del 46 le califican de "Paganini portugués" en Pernambuco. Residencia es Pernambuco de un cónsul americano del Norte que "había trastornado el juicio" a la pareja deslumbrándola como la luz a las mariposas, hasta ponerla el 23 de febrero, en el bergantín-goleta "Cumberland", camino a la tierra pomposa del Niágara.

Inéditas están las memorias de la ascensión a un Empireo que para Juana y Noronha fué Gólgota. Escribiólas ella destinadas a su niña en los hostales antillanos por donde la inclemencia del vendaval los empujara en un bienio de esperanzas que duran el tiempo de la semifusa, de desalientos largos como calderones, de miserias recoletas, lloradas por punzantes e irremediables. "Hay días — puntualiza el manuscrito en párrafo inicial, — en la vida de una criatura que sería necesario señalar con piedra negra, y el que figura a la cabeza de este capítulo es uno de ellos" (Ver el citado apéndice número 3).

Ignorantes del idioma, modestísimos de indumento — grave falla en país aparatoso, — flacos de bolsillo — crimen para aquel pueblo monetizado—, arrecidos de frío nochiérnigo que en primavera toma empeños de invierno, acomodados sobre los cofres del equipo mezquino, emigrantes atónitos sin la alegría blanca de un pañuelo que aletee para ellos en la ribera, la escritora y el músico, sustentando noche en los hombros y pesantez en el corazón, aguardan... He ahí modelo para una tela. Tampoco fuera desdeñable la que retratase las calles hoscas de Filadelfia por las que ambos viajeros transitaban pegaditos, tiritando, a paso largo, en com-

pañía de un compadecido marinero que les deja a la puerta de la hospedería donde les toca el aposento 113.

Los preceptistas de las Letras Bellas, truenan contra la ingerencia de la casualidad en los desarrollos artísticos; no obstante, la carrera del vivir aparenta, en veces, hallarse dirigida por ella. Juana relata el casual encuentro de un maderense que, erigiéndose en mentor, acarréales otros dos portugueses y terminan por volver los codos a los esposos cuando olfatean su penuria económica. Del país "mejor del mundo" no obtienen nada. Suerte aciaga les persigue. Ya ambos cónyuges han paseado la visual por el panorama y Noronha expresa: "Mucha gente he visto; todos van bien vestidos, hombres y mujeres; pero tienen unas caras tan estúpida que me parece imposible que esta sea gente de conciertos"... Y la consorte derrama su decepción: "Los americanos... yo no encuentro otro animal con quien compararlos que el cerdo...! con la diferencia que la suciedad e inmundicia exterior del cerdo la tienen ellos en el alma, dado caso que los americanos tengan alma". Ilustra, páginas andando, la afirmación con el ejemplo. Uno de los portugueses invítalos para que presencien una pieza en el teatro Walmut de Fildelfia. "Yo me admiraba — escribe — de que los músicos de Bahía, autorizados por el calor de aquella provincia ensayasen en mangas de camisa; ¿y qué diremos de los americanos que se sacan la casaca en el teatro, mascan tabaco, se dan de puñadas, se burlan de los extranjeros y silban un actor cuando lo quieren aplaudir?"

Sigue la cadena de las sorpresas amargas: abusos en detrimento del menguadísimo peculio; abusos de su buena fe. El estreno del violinista efectúase en Nueva York, antes de finalizar la quincena primera de abril, en el concierto anual de la Sociedad alemana de beneficencia. Actúa gratuitamente, para darse a conocer, y, según la esposa, obtuvo una ovación. Con tal principio, dispónese a proceder por su cuenta, alquilando un salón

después de contratar orquesta. La taquilla expende nada más que once entradas; los de la orquesta exigen sus emolumentos en el acto y, como no puede abonárselos Noronha, desertan de la sala. El público exiguo y los pocos favorecidos con el billete de gracia, pidieron que se efectuase la audición; entonces el músico buscó en la esposa, colaboradora para el contrapunto de piano...

El comentario verbal que de contemporáneos de Juana, posteriores a 1860 llega a nuestros días, la juzga hombruna de arrestos, de fisonomía y de carácter, ¿no estaban repitiendo sin saberla, una idea calumniosa quienes, apoyados en las hablillas, la propalan? La abnegada mujer arrostra hasta el ridículo por salvar del fracaso al consorte; sin ensayo previo, sin otro norte que la guía sino el anhelo, pone sus manos en el teclado indócil a su falta de práctica, pero pulsa los marfiles... sin embargo, el músico "a pesar de su delicadeza natural — dice el manuscrito, — irritado como estaba, me decía mil palabras fuertes que hicieron bañar de lágrimas mis ojos porque él no consideraba el sacrificio" suyo. "Pero yo lo perdono porque estaba exasperado con la vileza de los músicos... y después de eso, así como yo era el único ser que le quedaba al lado, siempre fiel en medio a la borrasca, así también era el único con quien él podía desahogar su disgusto y yo sé que la vida de la mujer es toda de abnegación y sacrificio!".

Años después comprende que esta peregrina teoría debe ser enmendada, no sólo desde el punto de vista femenino, sino desde las mejores finalidades sociales y éticas de la humanidad.

La delicadeza, el pundonor — presea tan hispanas del carácter — no brillaban menos que la ternura en el alma de la joven argentina. Antes de rehuir el pago de una deuda empeña hasta la camisa; y conste que en ella no es eufemismo el adagio. En la tarde posterior al desastre melofinanciero "algunas pequeñas alhajas que habíamos traído del Brasil, fueron puestas

en prenda por 35 pesos'', con el importe de lo cual volvieron a Filadelfia. En los portugueses amigos, que dejaron propicios al partir, hallan ahora frialdad, doblesces, befa: la mano del arruinado es como de leproso para el próspero. La exhibición segunda tiene resultado análogo: decididamente, el calvario es largo, la cruz, con cirineo y todo, pesadísima. El pan de la boda, en el que dan todavía alguna dentellada, sabe ahora a rejalgar; llevan la cerviz sudorosa por el esfuerzo en sostener la tremenda pesadumbre de tan enjuta existencia y las mejillas escuecen con el correr hirviente del llanto. Un nuevo acto de abnegación ejecuta la esposa deponiendo su orgullo por dejar indemne el de su marido: acude a los dueños de un comercio de música, en busca de apoyo; la señora ''estuvo agria y dulce a pesar de que mi estado ya visible y las muchas lágrimas que acompañaron mis confesiones debieron hacerla más comedida'', y obtiene promesa de colocar a Noronha, que no acepta, un atril de parte subalterna en una orquesta: el joven portugués pica alto y su cúspide carece de tramos descendentes. Suspira la compañera, que entiende de caseros apremios, acalla el hambre con silencio y cariño mientras estampa en el cuaderno: ''él ha aprendido a su costa que no es más feliz en el mundo aquel que sabe más o es más honrado''. Ella sabía ya esto desde las persecuciones políticas sufridas en la adolescencia; pero es mujer de hondísima sensibilidad y evita, noblemente, herir la del amado: si ''por él'' sufre estrechez, ''con él'' la sufre'', porque ya que es desgraciado no serán nunca mis exigencias las que añadan una gota más de amargura al cáliz que apura ha tantos años''. Susurros del amigote maderense estimulan al hostelero a embargar los baúles del matrimonio en el instante de emprender Noronha viaje a Washington, sin otro equipo que el puesto y el indispensable estuche con el violín. Juana, harta de tragar apenas, les da rienda suelta cuando se ve solitaria en una casa de huéspedes, sin una cara amiga donde advertir simpatía, con el cerebro

en actividad vertiginosa en procura de ideas salvadoras, empuñando la pluma en pergeño de "algo" que el marido pudiese utilizar para componerle música... y el organismo palpitante por la maternidad próxima. ¿Quedaba un poco de fuerza en el cauce de su sentimiento para arrojar la ciénaga estancada de su dolor disuelto en lloro? ¿A quién pedir una luz en tal tiniebla? La pupilera consume más vino que agua; la posada no gasta muchas escobas; la cocina es mal laboratorio, y arreglados al mesón, los huéspedes y hospedados. La aviesa racha sigue soplándole el corazón y doblegando los bríos: la gente de la capital estadounidense mostrábase tan poco degustadora de la música como las de Filadelfia y Nueva York. Noronha enviaba misivas que eran "puñaladas" para la esposa. Pero ella, en medio de su miseria siéntese millonaria ante el comentario adverso suscitado por la asiduidad epistolaria: "En estos países — dice — donde nada que tenga relación con el sentimiento se comprende, donde la palabra "sacrificio" ni existe siquiera, es cosa indescifrable cómo dos individuos cuyos corazones están unidos por los lazos del cariño, se pueden corresponder a costa de 14 centavos diarios. Catorce centavos que en el fin de la semana hacen 98 centavos, casi un peso!... ¡Qué amor tan caro! ¡Cáspita! si fuera cuestión de una carta por mes!... pero todos los días es chanza pesada...! Los americanos son "prudentes" por eso no saben lo que es amor!" Esta migaja de ironía le da un respiro; casi paladea con gusto las bazofias de la menguada hospedería al saberse opulenta propietaria de un alma, que otra gemela acaricia desde lejos; tan cierto es que la ilusión apaga la sed, calma el hambre y esparce en el cuerpo y en el espíritu una euforia que droga alguna iguala.

De los tres conciertos que en Washington da el violinista, sale tan pobre como entró; las brevísimas gacetas periodísticas, por mucho que le repiquen lo de "Pa-

ganini portugués" no convencen a los "yankis"; ni siquiera les punzan la curiosidad de oír para opinar...

El 26 de junio es cumpleaños de Juana: su 27 aniversario, que por vez primera pasa aislada: "Sólo tú, mi Eulalia, que empezabas a tener vida en mis entrañas, y mis memorias, érais mis compañeras inseparables!" Pero no terminó la jornada en el aislamiento: a las nueve de la noche estuvo de regreso el cónyuge, descolorido y anublado. La mudanza a un albergue más barato que el precedente, pónelos en amistad con unos españoles para cuyas solicitud y atenciones consigna Juana palabras de agradecida.

El cuaderno deja en blanco el episodio de un viaje realizado a la sazón, al balneario de Cap May, sitio veraniego de moda entonces, situado en la boca del Delaware, donde es presumible tentase Noronha la esquividad de la suerte contratándose para amenizar las tertulias del hostel que los aposentó. "Durante la estación de los baños — cuenta en "El Album de Señoritas" (N 4) — vienen bandas de música que recorren los hoteles y se estacionan en los corredores a la hora de comer. Unas veces rompen al servirse la sopa, en otras al primer "toast" de los postres (26).

Algún tente en pie echarían allí a sus exiguos bolsillos, porque la autora describe días de permanencia serena y aun alegre. "No creemos — expresa — que haya una sociedad mejor equilibrada, ni donde la condición material del pueblo sea mejor". El roce con personas de esferas menos mezquinas que las hasta ese instante conocidas, suaviza su péñola dándole blandura de pincel impregnado en tintes azulinos. El trayecto de Filadelfia al balneario se hace en vapor, cosa que regocija a la viajera. Llega al hostel de moda, y alterna, a la hora clásica, con los bañistas, el indumento de los cuales recuerda: los hombres penetran en el agua

(26) Es un extracto de la "Prensa" de Río Grande, en la que colaboró.

“con sus botas de goma elástica, pantalón y camisa de bayeta, el sombrero de hule y una faja salvavidas a la cintura”.

La naturalidad del trato continuo de damas y caballeros la deja suspensa; en las cinco semanas de convivencia, su horizonte moral adquiere amplitud inusitada con respecto al formulismo restricto de las usanzas ibéricas, únicas puestas hasta entonces ante su visual. En Cap. May juegan las mujeres partidos de pelota y aunque esto no figurase en sus cánones particulares, aprende a comprender que, si la inocencia preside el deporte, en nada empequeñece la honradez; y juega, a las diez de la mañana acompañando a las ágiles bañistas. Esta fué la más útil cosecha en la corta residencia, porque el informe acerca de la que obtienen los amos de alojamientos que trae a seguidas, no labra en su espíritu para provecho futuro.

Debe haber retornado al mismo albergue de Filadelfia, y acabaríansele los recursos de la excursión estival porque en el manuscrito inédito relata la necesidad en que se ve de vender sus ropas mejores y de pignorar el gabán del músico, a fin de cubrir la deuda del pupilaje; de allí pasa a otro menos oneroso, dejando embargados sus baules, y cuando la naturaleza le avisa la inminente llegada del vástago barruntado y advierte que, como el Niño de Belén, carece de hatillo, ni espera la valgan los remedios de los pastores cual aconteció a María de Nazaret, su amor de madre, al humillarla para suplicar, la sublimiza. Conmueve a la embargadora de sus cofres y, de ropas para las que no hubo piedad en el Monte, prepara con sus manos el rico poema del pobre ajuar. “Se compuso, recuérdalo siempre, hija mía: de cuatro camisitas viejas pero blanditas; doce cuadros de algodón para pañales y dos vestiditos, con cuatro ombligueras. Nunca olvides esto, si llegas a ser rica para que trayendo a la memoria los sufrimientos de tu madre, tengas lástima de los infeli-

ces y sacrifiques tu lujo a la caridad del pobre no envaneciéndote los pasajeros bienes de la fortuna”.

Así, cubierta de pobreza, el 13 de octubre de aquel duro año 46, la niña Eulalia, recién venida al mundo, fué presentada a sus padres. Una dolorosísima dicha, de esas que hacen el cariño más hondo y el llanto más acedo y el abrazo más estrecho y el beso más cálido y el ritmo del corazón más raudo, enrojece los rostros de los Noronha y estalla en sus labios treman-tes con risa y sollozo; porque un nuevo ser entra en sus regazos a sufrir con sus miserias, a llorar con sus pesares.

Incubada entre humillaciones y congojas, la niña es un mezquino y débil ramujo que un leve aire puede abatir. El manuscrito materno le dice: “eras muy chiquitita, muy flaquita y muy fea; ahora que te vas pareciendo a tu papá y tienes catorce meses menos siete días, eres bonita” (27).

Juana redobla sus energías, Noronha consiente en formar en el anonimato de una orquesta. Predisposiciones innatas para el estudio de la historia y las tendencias americanistas que en las letras del Brasil venían acentuándose desde 1822, inspiraron a la dama argentina, no un poema épico análogo al “Colomb” del barón de Santa Angelo (Araujo Porto Alegre), sino un “oratorio” que denomina “Cristóbal Colón”, al cual puso música, apenas nacida Eulalia, el violinista. Marido y mujer siembran en él, como siempre, prados florecidos de esperanza. Se estrena y repite con aplauso en la ya conocida Sociedad Alemana de Nueva York, más también como siempre, el espejismo les había hecho ver prado donde sólo un árido tremedal hubo.

Ahitos de infortunio, deciden salir del inhóspite país del Vellochino áureo luego de bien cumplidos los diez y ocho meses de agoniosa quimera; embarcan el

(27) Esta página del cuaderno de recuerdos, redactóse en Cuba, el 6 de diciembre de 1847. Nota muestra.

11 de octubre del 47 en el buque mercante "Elisabeth" con pasaje fiado, "a crédito" según expresa la paciente de tales memorias, enfilando a La Habana que les sonreía promisoramente, brindándoles el halago del parentesco racial y la inapreciable caricia del idioma común. La isla de Cuba dependiente del español dominio, que Juana califica de "el más absoluto y adusto despotismo militar" con una exajeración adjetivante no visible en las modalidades sociales de los cubanos, en su carácter retozón, en su próspera industria, en su cultura pública, en su comercio, es dedalada de miel para los pereruginos. Hallan espíritus comprensivos, amantes de la belleza artística y "corazones nobles y generosos" que les tributan afecto. El nombre de la "virtuosa y modesta Condesa de O'Reli", es de los que no pueden relegarse al plano de los "amigos entusiastas" de un día, sino de los que perduran en el alma y en los recuerdos escritos entre suspiros de añoranza y cohorte de sonrisas amables.

Noronha es aplaudido, agasajado, querido. En sus bolsillos vibra el metálico arpegio de los isabelinos flamantes que llegan de la Península con la efigie de la reina adolescente; los amigos tejen coronas al violinista errabundo y le llevan "en triunfo".

El matrimonio visita cuanta ciudad notable posee la isla y de ninguna saca arrepentimiento. Un contratiempo doloroso tiene: la grave enfermedad que aqueja a Eulalia, tierna criatura de poco más de un año para la cual y a su cabecera, redacta la madre las trisísimas peripecias del primer vuelo, en pro del arte, por América.

Medio año hacía que hubo salido de la Unión aquel terceto del dolor, cuando en marzo del 48, durante un alto de Juana Paula en La Habana, una segunda niña, rubia, hermosísima, a la que bautizan con el sonoro nombre de Herminia, remacha los eslabones del amor en el errátil hogar. Sigue fulgurando la estrella que en Cuba ilumina el sendero de los Noronha.

Juana estimula en Francisco su vena para la composición y algunas piezas musicales ajustadas al ritmo de la habanera esparcen por el aire las bandas y orquestas de las poblaciones. "La Paula", "La Princesa" son espigas de este trigal. La dama argentina siente conmovida su alma oyendo la perezosa y cautivante armonía que define: "es música ya arrebatadora y festiva, ya voluptuosa y ardiente, ya triste como un primer amor malogrado, ya llena de las lágrimas de la pasión, ya risueña como la esperanza que nos halaga el corazón en la primera juventud".

La multiplicidad de sus impresiones ha esquivado el husmeo en la cripta íntima, y da a los cuatro vientos sólo la bonita apariencia de lo real expurgado. La "Prensa" de Río Grande tuvo, en 1849, la primicia de estas andanzas, que resume la autora en castellano para "La Ilustración Argentina" del 18 de diciembre del 53 de la cual entresacamos nuestras notas presentes.

Escribe impregnada en la luz de un fanal color de rosa... "no olvideis a Neuritas del Príncipe; —aconseja a los anhelosos de conocer la isla— tomad allí el ferrocarril hasta el Paradero de O'Donnell y allí los ómnibus hasta San Juan de Puerto Príncipe; en todas partes seréis bien recibidos y hallaréis la franca alegría española, rancia si así lo queréis, pero cordial y amistosa, y que tiene el privilegio de transformaros a vos, pobre advenedizo de ayer, en antiguo amigo, en miembro de la familia, si lo queréis".

Una fisonomía abierta, una mano tendida en sincero apretón, un simpático mirar derecho de grandes pupilas brillantes, una palabra en la por siempre leal lengua de Castilla, han vuelto el ser a dos pechos agónicos y el ansia de seguir viviendo a dos cuerpos flácidos. Juana, pasando la esponja del olvido sobre la heroica, oscura y torva temporada estadounidense, estalla en voces claras: ¡"Viva, pues, la jovialidad española y su chiste sin igual!"

La gratitud borbota al repetir "que personas de

alta posición, señoras de la alta aristocracia de aquellos lugares, sean las primeras en cooperar y ayudar a un artista con sus talentos, presentándose en el teatro público a cantar. Y esa protección es dispensada con tanta gracia y amabilidad que no es posible olvidar el obsequio''.

La corta residencia en Puerto Príncipe es coronamiento de las andanzas proficuas por la isla entera. Allí celebran el vigésimonono aniversario de nuestra dama participando en los festejos públicos de la ciudad. Goza ella expresando el entusiasmo de los principieños mientras "corren el San Juan". Describe los preparativos en las calles y el disanto por la mañana, animado de máscaras, serenatas y bromas. "La tarde, con todo, es consagrada al paseo exclusivamente; hay los que van a pie en orden de procesión con la música al frente, vienen luego los carros de alegorías con música también, y por fin, ninfas, los cupidos, los salvajes, las pastoras, después de satisfacer la curiosidad y avidez públicas, bajan de sus carros a las casas donde las festejan, donde circula el café, los licores y los ricos dulces del Príncipe, y empieza entonces el remolino de los quitrines y el tiroteo no interrumpido de las chufas, de los chistes, de las necedades y, a veces, de las groserías''.

La nobleza hispana halla medio de manifestarse con el que admira o compadece, en toda oportunidad. Las penalidades sufridas seis meses atrás por la familia Noronha despertaron en los cubanos los sentimientos más dulces de la estirpe, que brillan con luz vivísima en tanto albergan a la inmigrante. Y helos, en plenas carnestolendas, dedicando a aquella un gesto delicado. "Nosotros también —añade la esposa,— cada uno con una chiquilla en las faldas, nos metimos en el remolino de los quitrines, y la música, apostada en la plaza de Armas, tocaba la "Principeña" y la "Paula", contradanzas imitando las cubanas que Noronha había ofrecido a la Sociedad Filarmónica, cada vez que

avistaban nuestro quitrín. No nos escasearon las chufas, a que Noronha contestaba con saludos y yo con amistosas inclinaciones de cabeza, y eso nos valía mil aplausos y vítores los más lisonjeros''.

..Cómo sorprenderse al oír relatar que no salieran los artistas de allí con los ojos enjutos? Manos invisibles, desde el Brasil, tiran de ese hicar misterioso que se ata al alma obligando la marcha apresurada; los Noronha dejan la Habana arrastrados por la fuerza fatal. Afecto, impresiones gratísimas, alguna pecunia en la faltriquera, llevan cuando vuelven a la tierra brasileña a fines de 1848.

Largo fué el viaje que la impericia del comandante —un estadounidense novicio en el trayeto ese— apostilla con 20 días más de cuenta, en los cuales derraman las cataratas celestes, buen golpe de lluvias (28).

Trae Juana a Río, donde sus padres e Isabel —ya esposa del industrial don Guillermo Caldentey— persuádenla de que debe establecerse, trae, reptimos, un tesoro de dolor florecido en experiencia, una sensibilidad quintaesenciada, una visión más ancha, más larga, más honda acerca de las humanas modalidades en las razas; de lo que puede hacer la educación en la cantera de un temperamento; más certeza para concluir juicio acerca de las pasiones, defectos y virtudes; raíces más robustas para el sacrificio; clarísimo concepto de la libertad general y de la femenina; temple a fuego de su energía; ansias infinitas de poner sus actividades al servicio de una causa grande; algún conocimiento del idioma inglés, y, en la maleta, los manuscritos dedicados a Eulalia y de "Los Misterios del Plata" o "Guerras civiles".

Objetiva parte de este espléndido estallido de an-

(28) El episodio del regreso da a la Manso tema para un articulito intitulado "Al cruzar la equinoccia", que llena dos columnas en el N.º 3 de "El Album de Señoritas" (1854) cuyo contenido no ilustra sobre su vida.

helos en el "Jornal das Senhoas", periódico fundado por ella en compañía de otros escritores de Río de Janeiro. Emplea la lengua portuguesa y, aunque en el hogar utilice, con sus padres y hermana, la inolvidable española, va sufriendo filtraciones que le carcomen los linderos de la sintaxis.

No se ciñe a un trabajo único: sabe ya, prácticamente, que la mujer debe apoyar al marido, al que ni disminuye ni desmedra por ello: hombres y mujeres han de pagar iguales gabelas a la existencia; ¿qué no estaban en circulación tales teorías? Peor para la humanidad.

Sus aficiones literarias de antaño han llegado al período del imperativo de la vocación que pide cauce; ya no hesita.

El género teatral es una solicitud de su ánimo: revisa los borradores de "La familia Morel, drama en prosa y verso", guardados tres años ha en su gaveta, con el intento de estrenarlos. Y en las horas libres, da lecciones a las hijas de los nobles de la corte y a las de los "fazendeiros" opulentos.